

MODERNIDAD APROPIADA

ARQUITECTO CRISTIAN FERNANDEZ COX/CHILE
Ponencia presentada en el IV Seminario de Arquitectura Latinoamericana. Tlaxcala, México 1989



Luis Barragán. San Cristóbal. 1967-68.

1. ¿MODERNIDAD O MODERNIDADES?

1.- Miradas las cosas desde afuera, me parece que hay dos modos distintos de ver los asuntos de la modernidad. Uno es verlo como un conjunto de respuestas históricas ya dadas; otro es considerarlas como un conjunto de desafíos históricos pendientes. Cada visión puede ser válida, según la situación en que uno se encuentre.

En la primera perspectiva se parte de una interrogante que ha llegado a ser clásica: ¿Qué es "ser moderno"? Dentro de las variadas respuestas que se puede encontrar en una amplia gama de disciplinas—interpretación sociológica, filosófica, política, económica, estética, arquitectónica, etc.—todas tienen al menos una cualidad en común: son siempre infinitas de alguna historicidad determinada. Y en cuanto esa historicidad, por tal, es necesariamente peculiar, en verdad no existe concretamente la cuestión de "la modernidad", sino la cuestión de "las modernidades".

Aunque esto es obvio, conviene hacerlo presente. Ya que al haber llegado a existir una modernidad primigenia y triunfante—la modernidad ilustrada encarnada principalmente en Inglaterra, Francia y Estados Unidos—ésta se ha convertido en su utopía rediviva, lo que nos provoca el sesgo implícito a olvidar su naturaleza histórica y a considerarla como una especie de metafísica atemporal—"la modernidad" o modelo normativo absoluto del "ser moderno". Y así, esta "la modernidad" deviene de un bloque conceptual cerrado inespugnable, al que sólo acceden quienes lo construyeron por dentro.

Esta visión extraña de "la modernidad" parece válida para las sociedades que efectivamente han vivenciado esta modernidad ilustrada, y en cierto modo ya parecen estar culminando esta experiencia: desde esa situación pueden ha-

cer su introspección autocrítica y desarrollar su reflexión postmoderna.

Pero—aunque siempre se puede aprender de la experiencia ajena—nuestra situación es bastante distinta.

2.- Para nosotros, me parece más válida la otra aproximación. No la modernidad como un conjunto cerrado de respuestas, sino la modernidad como un conjunto abierto de preguntas; ya que de hecho, los desafíos que nos plantearon los hechos históricos modernos siguen pendientes.

En un escrito anterior¹ hacíamos notar cómo el nuestro ha sido un imperativo de "modernización a presión". A diferencia de las sociedades del norte, que se fueron modernizando por la endogénesis de su propia historia, según fórmulas por así decirlo, espontáneamente apropiadas y no copiadas (nadie se habría modernizado antes), en nuestro caso la presión de modernización nos llegó de afuera, por el tan deseable como ineludable potencial de propagación de lo que Alfred Weber llama las dimensiones civilizatorias del acontecer histórico². Así,—esbozando muy incompletamente estos hechos modernos—la progresiva percepción de que las ideas seculares y las justificaciones sociales no eran sagradas y que, por tanto, es posible una afluencia de ideas y personas; el paralelo crecimiento de la eficacia de los técnicos productivos que desplaza nuevos apertivos y legítima nuevas estructuras sociales, la consecuente modificación de las aspiraciones a una mejor y más satelites, fueron constituyendo un nuevo cuadro de desafíos históricos, en que primero por "efecto demostración" y luego por desarrollo interno, lo posible, por así, divino imperativo: los desafíos de la modernización.

Estado entre nosotros estos imperativos—como a todas luces lo están—irrealizados, es

obvio que "la modernidad" (ilustrada) como bloque cerrado y culminado, no corresponde a nuestra realidad objetiva. Lo que correspondiente es una nación abierta, de una modernidad pendiente.

3.- Por otra parte, resulta muy difícil tratar nuestros asuntos de modernización sin hacer expresa referencia al principal y contradictorio rol que nuestras élites—aristocráticas, políticas, intelectuales, artísticas—han jugado en ellos. A base de la enorme influencia que la alta cultura—quización formal e informal que nuestras sociedades les otorgan, y a la vez negando la propia identidad de nuestro ser histórico real, estas élites recurrentemente han sido los principales agentes de nuestros intentos de modernización a la vez que los principales agentes de la enajenación de dichas modernizaciones.

Así por ejemplo, en el campo político no resulta demasiado novedoso advertir que uno de los tropiezos principales de Sudamérica en la construcción de sus modernizaciones es que éstas no se han basado en fórmulas infundidas de nuestras latencias reales a desarrollar ("descentralización de facto, la seriedad social y autenticidad, sino que más bien han sido copias frías de fórmulas institucionales que tuvieron éxito en otras sociedades e historias).

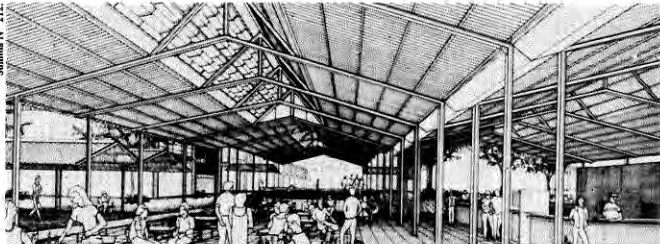
Así nuestras nacientes repúblicas no se basaron en nuestras propias tradiciones de emancipación—léjano y débil pero todavía vivas—cuya ignorancia de facto les resultó social y autenticidad, sino que como bien dice Octavio Paz:

"Los hispanoamericanos (y también los liberales españoles) en lugar de repensar y reelaborar esa tradición, en lugar de actualizarla y aplicarla a las nuevas circunstancias, prefirieron apropiarse de la filosofía política de los franceses, ingleses y de los norteamericanos... Pero no bastaba con adoptarlas para ser modernos; habría que adaptarlas. La ideología liberal y republicana fue una superposición histórica. No cambió nuestras sociedades, pero sí deformó las conciencias: introdujo la mala fe y la mentira en nuestra vida política..."³

(A mí vez, más que un juicio moral interesa hacer presente aquí esa especie de torcimiento valórico de apreciación que tenemos acerca de la realidad nuestra, esa época desentendida que nos provoca vergüenza de lo propio que es verdad, porque aparece antimoderno y se hace "tabú": precisamente porque no hemos sabido asumirlos en una modernidad apropiada real a nuestra autenticidad. Con la cual nos autoprovoocamos una especie de círculo vicioso de hipotesis inteleciva, de naturaleza inconcreta, antes que de naturaleza moral).

Respecto de nosotros, los arquitectos en Chile, en repetidas oportunidades⁴ hemos hecho notar cómo a fines del siglo XVIII, "expresiones" con nuestro nombre. Neoclásico, una Ilustración de prestado que en verdad no vivimos. Luego hicimos proliferar los más espléndidos y exóticos "revivals" románticos, sin haber tenido en verdad romanticismo. Y luego, en el primer tercio de este siglo, importamos las generalidades de la arquitectura moderna, antes que los hechos históricos a que ella responde (industrialización, masificación de aspiraciones, etc.) existieron siquiera entre nosotros, "importando las soluciones, sin tener todavía los problemas"⁵. Y como se sabe, esta arquitectura moderna "antiestilística" por definición en tanto se suocionales respuesta a condiciones objetivas (que aquí no existían) fue tratada entre nosotros como "un estilo más", agregado al repertorio de nuestro eclecticismo. Lo que señala inequívocamente que a las élites arquitect-

Summa, N.º 212.



Severiano Porto. Instituto de Ciencias Humanas y Letras.

tónicas no les interesa dar respuestas a los problemas reales propios, sino más bien hacer la mimesis de las modernidades europeas y norteamericanas de entonces.

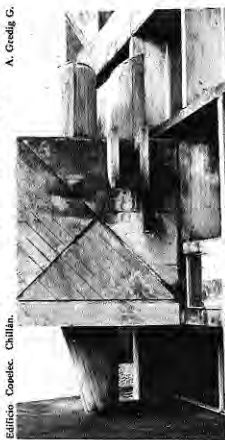
Esta suerte de dicotomía entre nuestros afanes estéticos, y el proceso social real, se refleja también en nuestra arte visual. Aunque impugnándolas a causas exógenas que no alteran el hecho, el crítico chileno Milán Bello refiriéndose a nuestra arte visual de la segunda mitad de este siglo, dice: "...De esta manera, el proceso local de creatividad... se ve envuelto en la confusión o es destruido... planteciéndose (así) una estética de la recepción, como si se tratara de públicos... desorientados de sus peculiaridades".

Así, a menudo y en diversos planos, nuestra "no modernidad" (ilustrada de prestado, ha sido epifórica, no vivida por nuestro sujeto histórico real; una mimesis genérica de modernidades ajenas. Y esto no sólo en Chile.

"México siguió siendo lo que había sido, pero ya sin creer en lo que era. Los viejos valores se derrumbaron, no los viejas realidades. Realidades entomocizadas con ideas de la inautenticidad y la mentira, males endémicos de los países latinoamericanos. A principios del siglo XX estábamos ya instalados en plena pseudo-modernidad: ferrocarriles y latifundismo, constitución democrática y un caudillo dentro de la mejor tradición hispanoárabe. Filosóficos positivos y esquivos precolumbianos, poesía simbólica y analfabetismo...".

"Desde el siglo XVI nuestra historia, fragmento de la de España, ha sido una apasionada negación de la modernidad naciente: Reforma, ilustración, todo lo demás. Al principio del siglo XIX decidimos que seríamos lo que ya era los Estados Unidos; una nación moderna. El ingreso a la modernidad exigía un sacrificio: el de nosotros mismos. Es conocido el resultado de ese sacrificio: todavía no somos modernos, pero desde entonces andamos en busca de nosotros mismos...".

Tenemos entonces que recurrentemente nuestros afanes de modernidad, en sus dimensiones no técnicas sino que humanas, han sido en cierto grado generalidades estéticas basadas



Edificio Comecol, Chile.

en los modelos de la modernidad ilustrada, que por culturalmente ajenas han resultado de escasa pertinencia real en la sociedad; procesos que no han sido sufridos o aprovechados, pero no propiamente vividos por nuestro sujeto histórico real. En ese sentido se habría tratado de modernización en cierto modo a contrapelo de ser histórico, con escasa capacidad para desencadenar las energías creativas que el pueblo real genera, en las escasas oportunidades en que las estructuras valéricas y formales llegan a "calzar" verdaderamente con nuestra identidad. Me parece que esto queda al menos ejemplificado con dos observaciones de hecho. La primera se refiere a la generalizada opinión de que en Chi-

le, lo que siempre y con seguridad funciona con altísima eficiencia, son las estructuras informales. Lo que nos sorprende que baste para "calzar" valdicamente las estructuras valéricas subyacentes para tender a generalizar esta eficacia que hasta ahora las modernizaciones en general no han tenido. Y la segunda observación es que no obstante que la totalidad sin excepciones de los modelos de modernidad intentados... han levantado en nombre de alguna forma de eficiencia en los cánones de la modernidad ilustrada, el hecho es que los resultados en los términos de esa eficacia han resultado bastante magros, lo que nos sugiere revisar la condición ilustrada de estos modelos de modernidad que parecen incapaces de penetrar vivencialmente en nuestro sujeto histórico real. El decir, en otras palabras: es posible seguir sustentando la tesis tan implícita como extendida de que nuestros fracasos de modernidad se deben a una sustancial ineptitud de los pueblos sudamericanos ante las instituciones de "la modernidad"? (No sé qué, si a la inversa, estos fracasos se podrían deber a la sustancial ineptitud de las instituciones de la modernidad ilustrada ante nuestro sujeto histórico real, que culturalmente no proviene del cosmos ilustrado sino que del cosmos barroco-indiano?)

...fracasen nuestros pueblos? Más exacto sería decir que las ideas filosóficas y políticas que han constituido la civilización occidental moderna han fracasado entre nosotros".

...Existen entre nosotros, en estado de latencia, los gémenes culturales que nos permitan esperar el advenimiento de una modernidad "otra"? Hay algunos síntomas. Entre ellos, el fenómeno de religiosidad popular que nos remite al sustrato cultural formado a partir del encuentro barroco-indiano y a su siglo XVI. Esta religiosidad popular que ha pervivido cinco siglos; los dos últimos ante las peses reacias y adversidades (a veces provenientes incluso de la Iglesia Católica). Esta religiosidad popular que pesa a todo hoy sigue viva, y más aún, floreciente, renovativa y en expansión en su inteligentemente vigorosa (y porfiada) vitalidad. Este notable y ensoñable fenómeno sociológico —más grande que la Catedral de los Andes—

pero que nosotros no vemos o minimizamos su importancia por los "rabí" provenientes de nuestra élite cultural dominante.

De la cultura dice el pensador uruguayo Alberto Méthol Ferré (incluyendo también referencia al Eslavo y político italiano contemporáneo Augusto del Noce):

"Recuperar el Barroco es recuperar la modernidad. Castilla, lo que permite el diálogo a fondo con el protestantismo y la ilustración, no de fuera sino desde dentro. Y es lo que posibilita... el suficiente trascender hegemónica potencia ilustrada, que hoy ha llegado al agotamiento de sus posibilidades".

"En la extremación de la modernidad vigente, Del Noce recupera una modernidad más compleja y verdadera. Un nuevo punto de partida... del que la obra de Del Noce se completa (cuando se encuentra en el plano crítico en Descartes, Meibach, Pascal y Vico... "Barroco que fecunda el nacimiento en América Latina".

"Barroco que fecunda el nacimiento de América Latina... hoy posible a través de la comprensión que Puebla realiza por su reivindicación de la religiosidad popular, del subuelo de América Latina... Desde Puebla... reasumimos la problemática de la cultura latinoamericana que nos enfrenta a la problemática de la modernidad... lo que exige una revisión de tal entendimiento... La cuestión del Barroco es la crítica y la acción de la modernidad... es decir, el rescatar las potencias del barroco americano... para generar el futuro".

Por otra parte, en el plano específicamente arquitectónico, en los últimos años recién estamos aprendiendo a valorar una arquitectura moderna latinoamericana "otra", entre cuyas figuras destacan entre sus autores: el colombiano Barragán, el colombiano Salazar, el uruguayo Diez y otros.

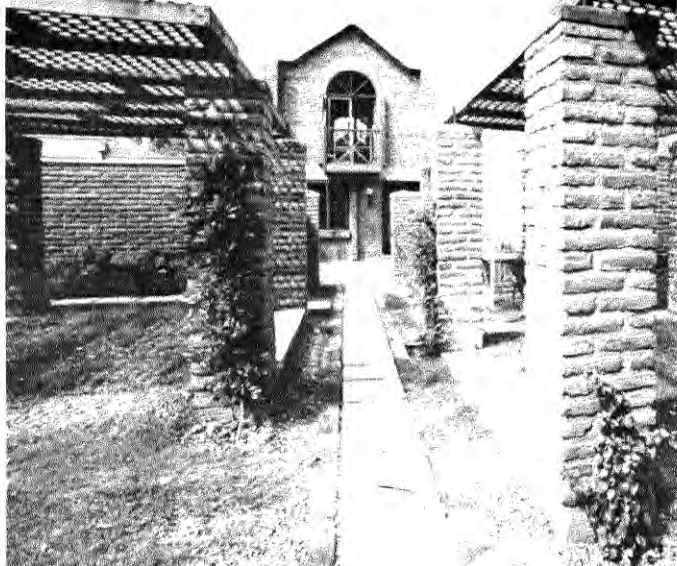
En un libro notable de reciente aparición¹², el arquitecto chileno Enrique Browne que precisamente denomina esta corriente como "otra" arquitectura (nombre sugerido por Marina Wisnianski según afirma el autor) establece un diálogo y polarizado contraste entre la arquitectura moderna triunfante entre nosotros, que él bien llama "desarrollista" y esta arquitectura "otra". En que a diferencia de la lógica universalizante y más bien rupturista de la primera, esta "otra" se caracteriza por el respeto al contexto en sentido amplio, la creación de lugares, el uso de tecnologías intermedias y la innovación a base de lo existente y tradicional. A mi ver, estos valores son todos uno a uno, valores inventos a los divalores de la modernidad ilustrada, que hoy son razón se crítica desde la postmodernidad del hemisferio Norte.

Pero estos tres arquitectos (y la acritud que encarnan) no son ni pueden ser postmodernos; dada la sola fecha de sus obras; al contrario, son plenamente modernos, sólo que de una modernidad "otra". El mismo Browne en su libro selecciona una cita de Diez que me parece a mí es muy clara en este sentido. Refiriéndose a su trabajo de la técnica armada, dice Diez: "...Usando todos los refinamientos de la técnica actual, sin ninguna preocupación folclórica y falsamente tradicionalista, pero tampoco copiando técnicas, sino recreándolas... Esta es la manera de ser fieles a la verdadera tradición que es siempre la fuente de todo lo revolucionario, en esto como en todo".

Ad... en forma extremadamente sucinta por la brevedad del espacio... podemos advertir que, al menos como hipótesis, se puede sustentar que en nuestra realidad contemporánea existe en estado de latencia y de incipiente germinación, elementos objetivos que nos anuncian la posibilidad de una "otra" modernidad "a la nuestra". Y esto, en los dos planos más relevantes a nosotros: en el plano sociológico histórico de la cultura y en el plano específico de la arquitectura.

II. POSTMODERNIDAD O POSTILUSTRACIÓN:

A estas alturas puede parecer estemporáneo, que nosotros mismos presepamos de buscar "modernidades con apellido" en circunstancias que la modernidad está siendo dada por nuestra a raíz del advenimiento de la postmodernidad.



Ferroando Castillo V. Comunidad Las Alamedas. 1984.



Catedral de Lima. Barroco Latinoamericano.

Creo que a este respecto es conveniente intentar ver y organizar estas cosas, según se ven desde acá.

En primer lugar, es necesario precisar cuál modernidad está en crisis y qué está en crisis dentro de ella. Ya hemos visto que la noción de "la modernidad" como entelequia metafísica es ahistorica, de modo que la crisis debe ser referida a una "modernidad con apellido", la modernidad ilustrada. Y dentro de ella parece claro que lo que precisamente está en crisis son algunos valores subyacentes a ella y que ella representa: valores de la Ilustración. Está en crisis el racionalismo analítico, que al tener que diseccionar para integrarlos es esencialmente torpe para percibir las realidades vivas holísticas. Está en crisis la reducción totalizante de lo cultural a la lógica de lo civilizatorio, a partir del "espíritu objetivo" de Hegel⁴ que por su reduccionismo universalizante tiende a homogeneizar e ignorar las diversidades y peculiaridades vivenciales de los microcosmos simbólicos. Está en crisis el positivismo incapaz de percibir lo incommensurable. Está en crisis el empiricismo que sólo recibe de las respuestas que él mismo preestablece en las preguntas, sin advertir esta pseudointeracción dialéctica. Está en crisis la "Diosa Razón" que origina los absolutismos ideológicos y subsiguientes totalitarismos políticos (y arquitectónicos). Está en crisis la aproximación soberbia y voluntarista a la realidad —al modo de Prometeo— que ignora e irrespetuosa del delicado y sutil orden del cosmos, genera desequilibrios en la ecología natural y la ecología humana.

¿Qué es entonces lo que está en crisis? ¿La Modernidad? ¿O la Ilustración?

Hay modernidades "otras" que no están en crisis. Ya hemos visto que las actitudes puntuales emergentes en un Barragán, un Diez, un Salinas y otros, buscan valores que son la antinomia de los divalores ilustrados: una modernidad apropiada a su realidad, que lejos de estar en crisis está en pleno proceso de emergencia.

Por otra parte, sin ser yo un experto en postmodernidad (la percibo como una problemática muy joven) y viendo desde lejos, a uno le llaman la atención algunas cosas. En primer lugar el hecho de que en todos los "pasos" anteriores —del barroco a la ilustración, de la ilustración al romanticismo "revivalista", del eclecticismo al postmodernismo, etc.— el período emergente hace la crítica del período declinante en términos negativos, pero además y principalmente en los términos positivos del vigor y capacidad de convocatoria de su propuesta. Al contrario, llama la atención que en la postmodernidad lo que vale es su crítica negativa a la modernidad ilustrada, pero que en materia de propuesta es extremadamente débil y confusa. Si uno la pudiera reducir a un punto principal, la propuesta de la postmodernidad que es la desconstrucción es una especie de

"apropuesta". Deconstruir el lenguaje, deconstruir los símbolos, deconstruir las formas y las estructuras, desarmar una cosa para rearmar lo mismo, sólo que ubicando elementos convencionales en situaciones no convencionales para provocar la "sorpresa" y la "luz"; no es el mismo "cambio por el cambio" que se critica a la modernidad ilustrada, sólo que ahora llevado al paroxismo mediante la elegante frivolidad del "desencanto"? ¿Es esto el inicio de algo? ¿O no serán más bien los últimos estertores post-cumbos de la misma modernidad ilustrada ya autodeclarada postmortem?

Ya creo que, en todo caso, la postmodernidad es una problemática inseparable de la culminación de la vivencia de la modernidad ilustrada en sociedades ya relativamente opulentas. Algo sustantivamente diferente y ajeno a los acontecimientos nuestros.

Me parece que en Chile nadie puede decir seriamente que haya algún sector social significativo cuya actitud preponderante pueda en verdad ser descrita como de "excepcionismo" o de "desencanto" al modo postmoderno. Al contrario, se advierte con claridad un anhelo mayoritario y a veces dramático de modernidad social, y para qué decir en lo político. Por supuesto, hay mucho mayor caudala que antes,

provocada por el duro aprendizaje de los enormes sufrimientos y traumas que nos dejó nuestro desforzado ideologismo modelístico de los años '60, '70 y '80 (felizmente ya en abierta declinación). Pero esta combinación de "cautelosa esperanza" (somos expertos en reconocerlos anímicamente de las caudaleros) es algo radicalmente distinto al "desencanto" postmoderno: nos actitudes casi opuestas, forjadas en experiencias históricas profundamente distintas. Y confundir nuestra actual "cautela" con un presunto "desencanto" postmoderno, sería francamente un sarcasmo ante tantos chilenos que no han llegado siquiera ni a probar los "cambios" de la modernidad.

¿Qué vamos a hacer esta vez? (Vamos a tomar como propio el "excepcionismo" y el "desencanto" de las sociedades opulentas del norte y autoproponernos también postmodernos?) Vamos a repetir —por enésima vez— la retórica cívica en que estamos desde hace dos siglos, de adoptar generalidades ajenas en boca, sin mayor penetración social real, por su escasa coherencia con nuestro ser histórico. Ours vez más, lo mismo que hizo decir al historiador chileno Gonzalo Vial refiriéndose a las élites aristocráticas y políticas de hace un siglo (en una cita que no me canso de repetir)

... "Con lo cual —ni primera ni última vez— la minoría dominante, y tras ella la sociedad íntegra, supusieron nuestro país fuera una nación europea, vivieron como cosa propia dificultades y pasiones ajenas y trasladaron a Chile situaciones y soluciones que experimentaban sociedades e historias por completo distintas".⁵

Es mi "cautelosa esperanza" de que —esta vez— intentemos aprender, desde nuestra propia historia y para ella. Y que hagamos la crítica a nuestra modernidad ilustrada más copiada, no desde una postmodernidad ajena, sino desde una modernidad "otra" emergente: una modernidad apropiada a nuestro ser histórico real: no una postmodernidad ilustrada, sino una postilustración moderna.

III. MODERNIDAD APROPIADA

El término de búsqueda de una "modernidad apropiada" intenta poner un nombre intrínseco y explícito en lo posible a una actitud considerada deseable para abordar los desafíos planteados por los hechos históricos modernos.

Para caracterizar el contenido de este término, se puede ir avanzando por eliminación. Podríamos hablar de búsqueda de una arquitectura propia. Aunque "bien entendido" podría ser un buen término, se prestaría muy fácilmente para un "mal entendido": el de que la arquitectura propia es exclusiva (en lo que el término denota). Lo que bien sabemos es una pretensión sin objeto alguno ni viabilidad alguna: un chauvinismo sin propósito ni destino.

Podemos hablar entonces de una arquitectura apropiada. Aquí nos encontramos con la feliz coincidencia lingüística⁶ del triple significado del término.

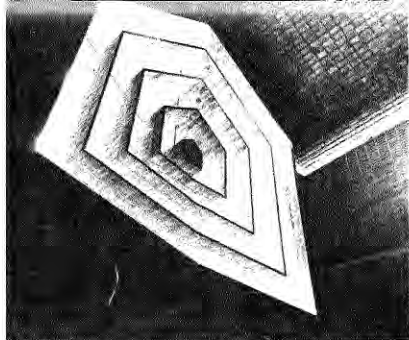
"Apropiada en cuanto "adecuada". A la realidad de que se trate, útil a ella, a su servicio, desde ella, consistente con ella, armónica a ella.

"Apropiada en cuanto "hecha propia". Vivimos en un mundo intercomunicado. Y la principal ventaja de ser subdesarrollados como nosotros es que podemos aprender de las invenciones y experiencias probadas de los que van más adelantados. A condición precisamente de que hagamos una discriminación previa a partir del "dignos crítico" de nuestra identidad, y lo que convenga a nuestra realidad, sepamos adaptarlo e incorporarlo armónicamente a ella, esto es, apropiarlo en el sentido de "hacerlo propio".

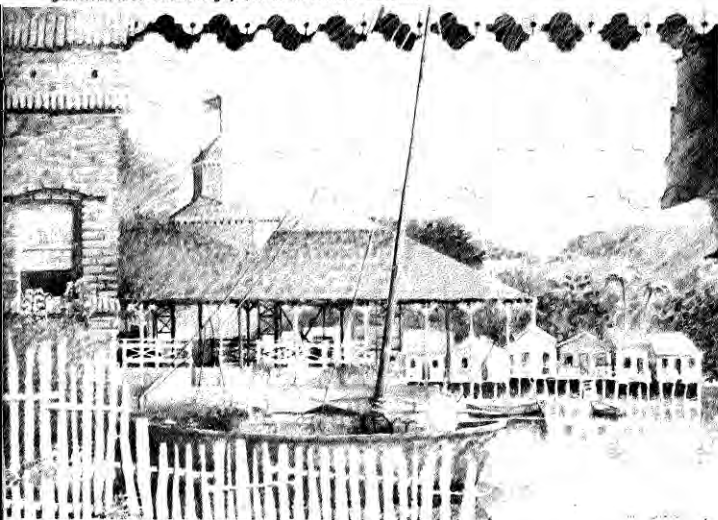
"Apropiada en cuanto "propia". Con todo, hay peculiaridades nuestras bastante abundantes que son objetivamente propias y a las que sólo es posible responder con soluciones propias (v.g. problemas urbanos y habitacionales de la vivienda social), en que la experiencia social, en que la experiencia neorromántica o europea occidental —posiblemente— nos servirán de muy poco). Aunque el sector de realidad que requiere de soluciones propias es muy importante, el significado de "propio" no está dotado por el término "apropiado" sino sólo in-



Miguel Espinoza, Casa Poma en Cuzco.



Iglesia de San Pedro en Durazno, Uruguay, 1968. Detalle del Roserón. Eladio Dieste.



"Imágenes de una Arquitectura Latinoamericana". Afiche de Oscar Hernández para el SAI. II, 1986, con el techo de Dalcahu del arquitecto Edward Rojas como motivo central.

directamente connotado. Lo que en la práctica puede ser patético. Ya que dado el riesgo al verdadero en cuanto creadores tenemos los arquitectos —quién no quiere hacer una obra "propia" en cuanto inédita, única— el énfasis queda puesto en las dos denominaciones primarias de servicio de la realidad adaptando soluciones de otros si es conveniente. De este modo —plasmado el afonismo bíblico— la noción de arquitectura apropiada implica y sugiere el camino de "buscar primero la apropiación a la realidad y su ajustamiento, y lo demás (el genio inédito cuando sea el caso) se os dará por añadidura".

"Ahora bien, ¿pues qué no nos quedamos en "arquitectura apropiada" que es finalmente lo que interesa? ¿Por qué decimos "modernidad apropiada"?"

Por una razón que no es ni ideológica ni estilística, sino que obedece a una simple necesidad de realismo histórico. Es posible que en un poblado cualquiera de cualquier lugar de Sudamérica, hace treinta, veinte o diez años, una determinada arquitectura tradicional sea perfectamente apropiada. Pero ¿qué sucede cuando llega repentinamente por ejemplo una agroindustrialización intensiva, y en pocos años, llega nueva gente, surgen necesidades habitacionales de escuelas mucho mayores, es decir, cuando llega "la modernidad"? ¿Seis capas esa vitrola de casa que se consume en dos o tres años con los aerosoles del lugar, será apropiada cuando hay que construir cinco casas en pocos meses? Es evidente que estos solos cambios cuantitativos y

de velocidad ya de por sí requieren de cambios arquitectónicos cualitativos. Y este es —el advenimiento intelectual de la modernidad— el desafío arquitectónico principal que afrontamos de hecho. Por eso nos parece ajustado el término de modernidad apropiada en arquitectura, que no nos permite evadimos en la nostalgia, sino que nos enfoca cruda y verdaderamente, con nuestra vocación de servicio objetivo y simbólico, de nuestro aquí y ahora.

La modernidad apropiada no es un "ismo" arquitectónico y ni siquiera es un modo estilísticamente determinado de arquitectura, sino que es una actitud frente al hacer arquitectónico, una actitud determinada y común, que de llegar a existir y propagarse puede y debe dar resultados arquitectónicos muy diferentes. La actitud común es en lo fundamental el respeto de cada realidad; y los resultados arquitectónicos de esta misma actitud, son tan diversos y variados como son las distintas realidades geográficas, climáticas de idiosincrasia, de tradiciones, de ventajosas comparativas de contenidos programáticos, de situaciones socioeconómicas, de técnicas disponibles, de sustratos valóricos de contextos formales y de mil otras condicionantes, de la realidad que se quiere servir, caso a caso, obra a obra, circunstancia a circunstancia.

De modo que la proposición de búsqueda de "modernidad apropiada" como actitud común de los arquitectos latinoamericanos implica por definición la exigencia de "diversidad apropiada" a cada realidad de los resultados arquitectónicos concretos.

LA MODERNIDAD APROPIADA NO ES UN "ISMO" ARQUITECTÓNICO Y NI SIQUIERA ES UN MODO ESTILÍSTICAMENTE DETERMINABLE DE ARQUITECTURA, SINO QUE ES UNA ACTITUD FRENTE AL HACER ARQUITECTURA.

dad apropiada coincide en los hechos con alguna forma tradicional no por voluntad "a priori" sino como resultado "a posteriori" de que las circunstancias objetivas no hayan cambiado significativamente.

Me parece, finalmente, que en la modernidad apropiada hay cuestiones de sensibilidad y expresión, que tampoco serán fáciles de resolver después de varias décadas de hegemonía compleja de las imágenes de la modernidad ilustrada.

Así, por ejemplo, es cierto que la industrialización que acompaña a la modernidad parece introducir un sesgo objetivo a la simplificación primero por la sola lógica de los procedimientos productivos, y luego por su impacto a la sensibilidad. Pero también es cierto que este hecho objetivo fue subjetivamente tomado por la modernidad ilustrada y llevado a los extremos de desmedez y de purismo esperables de las culturas puritanas; y esta "la modernidad" puritana no es exigible a las culturas con componente barroco.

Creo que estas diferencias de sensibilidad entre ambas modernidades no son traducibles a la palabra escrita: en cierto modo hay que sentir, ya que la diferencia puede ser enorme aunque la clasificación sea la misma. Así, por ejemplo, como muy bien ha hecho notar Enrique Browne¹ la arquitectura de Luis Barragán tiene un indiscutible sesgo neoplatónico; y una descripción de las características de la arquitectura neoplatónica (despique, uso del color, etc.) coincidiría posiblemente bastante con una descripción también exacta de la obra de Barragán.

Pero más Ud. los obras. Compare a Barragán con Peter Oud, Robert van't Hoff, o Cor van Eesteren. Aparte de las obvias diferencias de época y contextos, se podrá pensar que dentro de la misma descripción literal hay unas atmósferas significativas, un "mood" (como se dice ahora), unas sensibilidades, enteramente diferentes, que implican "almas" culturales profundamente distintas.

Lo más inabarcable y sutil, pero tal vez lo más valioso de nuestra identidad surgida.

Según decía el epígrafe inicial de este escrito:

"... Ahí está la paradoja: como devener modernos y volver a las fuentes".

¹Cristián Fernández Cos. "Regionalismo o Modernidad Appropriada". SUMMA. 25 años. Abril 1982. Bs. Aires.

²Alfred Weber. "Sociología de la Historia de la Cultura". Ediciones Galaxie Nueva Visión Bs. Aires 1960.

³Oscarvaz Paz. "San Juana Inés de la Cruz o Las Tropas de la Fe". Setai Barral 1982. Barcelona.

⁴Cristián Fernández Cos. "Hacia una Modernidad apropiada: factores y desafíos internos". SUMMA 200/201. Junio 1984. Bs. Aires.

⁵Enrique Browne. Grabación Magneto-fónica sesiones "Taller América".

⁶Oscarvaz Paz. "El Gogolfrontrópico". Setai Barral. Enero 1983. Barcelona.

⁷Id. anterior.

⁸Oscarvaz Paz.

⁹Alberro Merhol Ferrer, en "Religión y Cultura". CELAM 47 1981. Bogotá.

¹⁰Enrique Browne. "Orti. Arquitectura en América Latina". G. Dru. México 1988.

¹¹Id. Anterior

¹²Id. (3)

¹³Gonzalo Vial. "Historia de Chile" 1893-1973. Santillana. Santiago 1983.

¹⁴Id. que en lingüística existen las coincidencias fortuitas.

¹⁵Enrique Browne. Charla dada en Facultad de Arquitectura U.C. todavía no publicada.